

Introducción

Se cuenta que en una ocasión un millonario decidió construir un sanatorio, cuyos aparatos y doctores estarían al servicio de los ciegos las 24 horas. La intención de este hombre era hacer que los ciegos se curaran; sin embargo, los ciegos decidieron quedarse en el sanatorio, pues para ellos era un hogar, en el que podían vivir gratis recibiendo atención y comida. Estos ciegos eran demasiado orgullosos y testarudos; creían saberlo todo, por lo que, cuando los doctores les pedían seguir un tratamiento, ellos no obedecían. Tampoco respetaban a las enfermeras, y ellas, junto con los médicos, decidieron renunciar, o mejor dicho, escapar de ese lugar. Los ciegos, al quedarse solos en el sanatorio, empezaron a dañarse con las mismas instalaciones: cuando intentaban caminar al pasillo tropezaban con un aparato; querían bajar a la cocina y caían por las escaleras; querían tomar agua y tomaban algún medicamento, o el mismo cloro de la alberca... En fin, ya que no podían ver, esa clínica se convirtió para ellos en una peligrosa jungla. La clínica estaba construida originalmente para que ellos estuvieran cómodos, pero como no podían ver, confundían las cosas y todos acababan lastimados.

Este mundo es el sanatorio, que fue creado y preparado con la arquitectura necesaria para que podamos ser felices. Sin embargo, para poder disfrutar de él y lograr el éxito, es preciso encender la luz. Esa luz es el conocimiento, pues nos ayuda a discernir entre el bien y el mal. La carencia de información —la ignorancia— también se considera oscuridad: es igual o más densa y peligrosa que la oscuridad que conocemos.

Maimónides expresa esta idea de la siguiente manera:

Los grandes males que los hombres se infligen unos a otros a causa de las tendencias, las pasiones, las distintas opiniones y creencias, proceden todos de una privación; todos ellos resultan de la ignorancia, es decir, de la privación de la ciencia. Así como el ciego, a causa de su ausencia de visión, no deja de tropezar, de herirse y de herir también a los demás, cuando no tiene quien lo conduzca, igualmente los hombres, cada uno según la medida de su ignorancia, se infligen a sí mismos y a los otros males que pesan duramente sobre las demás personas. Si poseyeran la ciencia, que es a la forma humana (la forma humana para Maimónides significa el alma) lo que la facultad visual es al ojo, estarían impedidos de hacerse mal alguno a sí mismos y a los otros, porque el conocimiento de la verdad hace cesar la enemistad y el odio, e impide que los hombres se hagan mal los unos a los otros.¹

Todos los días vemos casos en los que dos personas que en un momento se amaron apasionadamente luego se convirtieron en odiados enemigos. El amor debe ser materia de estudio, pues la privación de este conocimiento o su desinterés puede traer como resultado herir los sentimientos de la persona que más amamos; puede arruinar el matrimonio y la vida de los hijos; puede resultar doloroso y desastroso. Nunca terminaremos de comprender el amor, pero mientras más nos esforcemos y logremos comprender, mayores herramientas tendremos para enfrentar la difícil tarea de ser esposos, pues el éxito y la plenitud favorecen a la mente preparada.

Dios creó el amor con la intención de beneficiar a la humanidad; así lo expresa la Biblia claramente: “[dijo Dios] no es bueno para el hombre estar solo, le haré una pareja...”.² Y posteriormente está escrito: “Y tomó Dios la costilla del hombre para convertirla en mujer y se la dio [como obsequio] al hombre”.³ La mujer es un obsequio, amar es un regalo de Dios para la humanidad, por lo que no puede ser malo, y si con él nos lastimamos gravemente de seguro es porque no lo utilizamos en la forma correcta, no estamos abriendo bien los ojos y no hemos encontrado la manera adecuada de aplicarlo.

Por otro lado, no podemos aislarnos para evitar el amor, pues no dar nuestro amor también resulta doloroso. Así como una vaca siente la necesidad de dar de su leche y, de no hacerlo, puede enfermar y hasta morir, de igual manera el ser humano siente la necesidad de dar amor y no hacerlo puede poner en peligro su existencia. El amor es un sentimiento inevitable y, por lo tanto, tenemos que entregarlo y aplicarlo, pues de lo contrario puede pudrirse en nuestro interior, como la leche en la ubre de una vaca.

Dios hizo depender a todo el cuerpo del corazón, tanto física como espiritualmente. El corazón es como la bisagra de una puerta: una puerta no se sostiene sin su bisagra; tampoco el cuerpo ni el alma pueden sostenerse sin el corazón. Alimenta al cuerpo de sangre y al alma de espíritu, pues no sólo lo material depende de él. Este órgano, aparte de hacer correr por nuestras venas la sangre, también hace correr una vital energía llamada *amor*, tan indispensable para el alma como la sangre para el cuerpo.

Amar es, ya lo dijimos, un sentimiento inevitable; por eso no podemos desentendernos de la necesidad de analizarlo y entender lo que realmente implica; sólo así podremos aplicarlo correctamente. El amor puede llegar a ser la vitamina más efectiva para el alma, pero mal aplicado puede convertirse en un fulminante veneno. Amar es humano. La aplicación correcta del amor es una característica de la gente prudente y sensata. Desde el nacimiento hasta la muerte, el amor es el objetivo único y total de la vida; depende de cómo lo encaminemos para alcanzar nuestra propia felicidad.

El amor es poderoso; es el motor que impulsa el universo. Donde la persona enfoque su amor es a lo que dedicará todas sus energías. El amor no tiene barreras; si es dirigido correctamente, puede acarrear mucha alegría y plenitud, pero mal encaminado puede llevarnos hasta la perdición y los abismos más profundos. El amor es algo sumamente complejo y delicado, por lo cual es preciso dedicarle mucho tiempo y esfuerzo, pues sólo de ese modo lograremos entender y experimentar lo agradable y placentero que es.

Desde el fondo de mi corazón, anhelo que este libro sea un excelente instructivo para aprender el arte tan complejo, pero fascinante, de amar.

¹ *Guía de los Perplejos*, t. III, Cap. XI.

² *Génesis* 2:18.

³ *Ibid.* 2:22.